El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8383 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 5

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 íd. *Provincias*, tres meses, 7'50 íd.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 íd.—La suscrición empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 16 Octubre de 1889

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras ahuyentando va,
Y vuela el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca flor.
Nunca no hay encanto, para mí mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor,
Café de *El Barco de Valencia* es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salú.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con *El Barco* tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de *El Barco de Valencia* se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

Véase el anuncio de los *Grandes Almacenes del Printemps de Paris.*

ORTOGRAFÍA.

Gran cosa es la ortografía: su conocimiento es indispensable para toda persona medianamente ilustrada, y un escrito cualquiera con falta de ortografía da una deplorable idea de la instrucción de su autor.

Unicamente las mujeres tienen fama de ignorar tan útil ciencia y serán muy pocas las señoras, aun las de educación más esmerada, á las que no se les escape alguna que otra faltilla de esa clase, en ellas siempre disculpable.

Pero de tal manera se van poniendo hoy las cosas, que va siendo difícil estar siempre al corriente de la ortografía actual: tantos son los cambios y modificaciones que se están introduciendo sin cesar. No parece sino que la ortografía se ha hecho tan voluble como la moda y vá á ser pronto preciso publicar periódicos de ortografía, como ahora los hay de modas, para que las personas bien educadas podamos escribir con arreglo al último figurín ortográfico.

Y lo malo es que no todas las innovaciones que en la ortografía se van introduciendo son, al menos según mi humilde juicio, completamente acertadas.

Así por ejemplo las palabras agudas terminadas en *n* como *salon, religion, ningun* etc., antes se escribían sin acento; pero, ahora hay que acentuarlas, *salón, religión, ningún*, con lo cual solo se logra gastar más tinta y más tiempo sin dar más claridad á la frase ni más seguridad á la pronunciación, pues todo el mundo sabe cómo tales palabras deben pronunciarse, vayan con acento ó sin él. Tal vez se diga que es regla general que las palabras acentuadas en la última sílaba lleven el acento expreso para distinguirlas de las palabras graves; pero entonces ¿porqué no se ha de escribir también con acento *comer, andar, recibir, general, dignidad*, y tantas y tantas otras palabras agudas? Porque el uso muy sabiamente lo ha establecido así, pues en otro caso tendríamos que escribir siempre acentos siempre.

Moda ortográfica nueva es también el escribir *Septiembre, suscriptor, suscripción*, y en verdad que no comprendo para qué sirven esas *pes* tan inútiles cuando parece más sencillo, fácil y cómodo poner *Setiembre, suscritor* y *suscrición*.

Acaso me dirá algún sabio filólogo ó algún académico de la lengua que *Septiembre* viene del latín *Setember* y que por lo tanto es natural y justo conserve la *p*. Está muy bien; pero entonces, ¿por qué no se escribe con *p* la palabra *siete* que viene del latín *septem* y que en griego se dice *epta*, en sanskrit *sáptan*, y en francés *sept*, en cuyos idiomas todos vemos aparece la letra *p*. Porque así lo ha establecido el uso que es el supremo juez en cuestiones lingüísticas y por eso á nadie se le ocurre decir ni escribir *septe* ó *siepte*, siendo más breve, cómodo y suave escribir y pronunciar *siete*.

Otra alteración que tampoco me parece acertada, aunque lleva ya varios años de fecha, es la de indicar el paréntesis con líneas horizontales, una al principio y otra al fin, en lugar de encerrarlo entre dos arcos en sentido contrario (....) como se hacía antes y con lo que se veía mejor el principio y el fin del paréntesis y no daba lugar á la confusión que hoy se observa, sobre todo si en pocas líneas hay dos ó más paréntesis ó estos son algo largos

Más racional es la costumbre también, reinante hace ya bastante tiempo, de no separar al fin de renglón las dos *rr* de una palabra como antes se hacía, (por ejemplo, *guer ra*), sino llevarlas las dos al renglón siguiente, *gue-rra*, puesto que las dos *rr* hacen una sola letra compuesta, y por lo tanto, con un solo sonido como la *ch* ó la *ll* y que como estas no deben separarse nunca.

Terminamos ya. Buena y útil es la ortografía para regularizar y uniformar la escritura para que cada uno no escriba como le dé la gana, pues de hacerlo así ni siquiera podríamos á veces entendernos; pero bueno es igualmente que no se cambien á cada paso las reglas ortográficas y que las innovaciones que en ellas se introduzcan no reconozcan por base la arbitrariedad y el capricho, sino el buen sentido, la razón y la lógica, y sobre todo y ante todo, la claridad y la sencillez y no la confusión, la dificultad y el aumento de signos y letras que para nada sirven.

Carlos Martinez de Uvago.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

VALENCIANO.

Charada

Para cualquier comerciante
y mucho más si es tramposo
como al niño el *una prima*
le *dos tercia* que es el *todo*.

G. S J.

La solución en el número próximo.

EL POETA POPULAR.

El pueblo es poeta, Javier Marmier, el ilustre recolector de los «Cantos del Norte,» ha dicho: «Hay dos poesías que brotan como dos flores en un mismo tallo, que corren juntas como dos arroyos límpidos y perfumados, que tienen su origen en la misma fuente, dadas á luz como dos hermanas por la misma naturaleza ideal; la poesía popular y la poesía erudita.»

Y el gran Herder, definiendo los cantos populares en sus «Volkslieder,» los llama: «Archivos del pueblo, tesoro de su ciencia, de su religión, de su teogonía, de la vida de sus padres, de los fastos de su historia, expresión de su corazón, imágen de su interior en la alegría y la tristeza cerca del lecho de la desposada ó á orillas de la tumba.»

Distinguese el poeta popular por la sinceridad de sus sentimientos y por la valentía con que los expresa.

En sus versos, no aliñados sino espontáneos y naturales, se nos presenta cantando sus penas, sus fatigas, sus inquietudes, iniciándonos en el secreto de sus pensamientos, haciéndonos descender hasta lo más hondo de su alma; diciéndonos lo que piensa, lo que quiere; contándonos como ama y como odia. Todo él está en las copias recogidas de sus labios, en la serenata que entona al pie de la reja de su novia, en la fiesta con que solemniza á la Virgen de que es devoto, junto al lecho en que muere su madre, ó al lado de la cuna de su hijo.

No hay nada que envuelva ni mistifique su pensamiento.

Esto que nos dice lo ha sentido él, lo ha sentido tal como lo expresa.

Si nos conmueve alguna de sus frases, podemos estar seguros de que esas frases le salen del corazón; si nos estremece cuando nos pinta su ódio, podemos también tener la seguridad de que odia así, y de que aquel á quien se lo jura, tarde ó temprano se la pagará.

Basta ojear una colección de cantos populares para comprender este carácter del pueblo, y para seguirle paso á paso en sus crisis de pasión, porque el pueblo es todo pasión y todo sentimiento.

Como es sencilla y sin afeites su poesía, no canta más que los grandes sentimientos, no es voz sino de las grandes pasiones: maestro en el enamorar, el amor hace vibrar las cuerdas de su guitarra, y, después del culto á su madre, tiene el culto á su novia, y para su novia son sus mejores cantos, sus más dulces y sus más inspiradas poesías.

No se contenta con ensalzar á su novia en el momento en que la muestra su pasión: la canta desde el momento mismo en que vino al mundo, y como su fantasía es rica, no se conforma con menos que con hacer que la naturaleza salude con toda clase de fenómenos y prodigios el nacimiento de la que luego ha de ser su novia. Así la dice:

Er día que tú nasiste
nasieron todas las flores,
y en la pila del bautismo
cantaban los ruiseñores.

—

Er día que tú nasiste
las campanas reoblaron,
las seporturas s'abrieron,
los muertos resusitaron.

—

Er día que tú nasiste
cayó un pedaso de sielo:
hasta que tú no te mueras
no se tapa el abujero.

La vé, y sólo al verla le trastorna. Por eso pregunta á su madre, es decir, al único ser capaz de comprenderle y contestarle:

¿Qué tienen sus ojos
que cuando me miran
los güesesito, mare, é mi cuerpo
tos me los lastima?

Y cuando le hablan de ella dice:

Chiquillo, no me la mientes,
que como la quiero tanto
fatigas me dan de muerte.

La jura quererla siempre, y no es cosa de despreciar su juramento, porque al tiempo de prestarlo tiene buen cuidado de añadir:

Er yunque y martillo
rompen los metales,
er juramento que yo á ti t'ha jecho
no lo rompe naide.

¡Y qué cosas tan bien dichas, y tan sentidas sobre todo, la dice á ella! ¡Cómo palpita en sus palabras el amor profundo que la tiene amor que durará toda su vida, que arraiga en lo más hondo de su alma!

Ayer pasé por tu caye
y te bide en er balcón;
siempre que se mira 'r sielo
se bé la grasia de Dios.

Arcarrasa é tu casa,
chiquiya, quisiera sé
para besarte en los labios
cuando fueras á beber.

—

Tengo una estampa en er pecho;
cuando m'acuerdo e ti
saco la estampa y la beso.

—

No hay sacrificio que le contenga; nada que no le parezca poco con tal de asegurarse el amor de aquella mujer:

Si después que yo me muera
Tu m' hablas e yorá
por una lágrima tuya
me dejaba yo matar.

Este amor que siente es superior á la muerte. Por eso canta:

Dies años despues e muerto
y de gusanos comío
letreros tendrán mis güesos
disiendo que t' he querío.

Y pensando en que puede morir, quiere llevarse á la tumba algo del ser amado, resistiéndose á creer que la muerte mate en él la pasión que le domina y dice:

Cuando yo me muera
mira que te encargo
que con la trensa e tu pelo negro
me amarren las manos.

Pero para evitar que llegue este caso ya tiene él un remedio seguro, y lo expresa en esta copla:

Cuando yo esté en la agonía
siéntate á mi cabecera,
fija tu vista en la mía
y puá sé que no me muera.

Juan del pueblo es celoso. Tiene celos de todo: de los santos:

Cuando vaya á la iglesia
ponte un velito en la cara,
que los santos, con ser santos,
de los altares se bajan.

Y hasta de la misma muerte:

Muertesita la engañé:
como la bí tan bonita
la carita la tapé.

Y como se resiste á la idea de que se des-